

los tiempos sintió a través de su dechado el paladín helénico. Pues aquí debo recordar otra consecuencia importante de la civilización poética, con el fin de autorizar más aún, si cabe, su estudio.

La Edad Media fué un largo conflicto entre la barbarie del Norte que sostenía al cristianismo absolutista del degüello y de la hoguera, y el paganismo meridional que intentaba renacer. El agente de esta última tendencia, que por fin predominó, al desquiciarse la sociedad medioeval con la guerra de Cien Años, fué el caballero de las Cruzadas, de las Cortes de Amor, del culto a la dama y de las andanzas por la justicia. La caballería errante o instituida en orden, tuvo este objeto sublime: realizar las creaciones de la poesía, convirtiendo el heroísmo en estado normal. Ahora bien: todos los poemas que constituyeron su código y le suministraron sus prototipos, procedían de la Ilíada y la Odisea, cuyas traducciones y adaptaciones legendarias iniciaron el género por doquier. No hay elemento de la literatura caballeresca que no esté en los poemas homéricos y no sea su imitación. El paladín medioeval fué hijo del caballero heleno. Así se explica que en la primera grande empresa de renacimiento pagano: la herejía albigense de las democracias provenzales, los caballeros estuvieran con los herejes; así la persecución eclesiástica contra la novela caballeresca enteramente despreocupada de religión; así el laicismo de los paladines, que tipifican como términos extremos, las imposiciones del Cid al papa y la indiferencia racionalista de Don Quijote.

Aquella Provenza de los paladines hijos de Aquiles y Héctor, engendró después a los más nobles autores de la Revolución Francesa que nos dió a todos la libertad, y cuyo himno, ya humano, recuerda por el nombre la república griega de Marsella, donde subsistieron durante más tiempo la tradición y las instituciones paganas.

El cristianismo eclesiástico abominó de la mujer, tercer enemigo del alma, coincidiendo en esto, una vez más, con la barbarie germánica que la consideraba perpetuamente menor. La despiadada condenación de la adúltera tiene ese origen, comportando en el fondo, una sórdida venganza del varón, que así castiga sobre otro su propia incapacidad para hacerse amar: el eterno dogma de obediencia, siempre injusto con el débil a quien echa la tremenda responsabilidad de los juramentos irrevocables.

Mas también es del caso recordar que el perdón caballeresco del poeta griego, coincide con la salvaguardia

compasiva de Jesús ante la pobre mujer lapidada por el populacho.

Aceptando como lo quiere la Iglesia, que todos los actos de aquél tuvieran una significación trascendental, es indudable que el Galileo simbolizó en tal forma dos cosas perfectamente concordantes, por lo demás, con su doctrina: la falencia de la justicia humana y el carácter privado de esa falta, que así resulta entregada a la sola misericordia de Dios. La «inmoralidad» pagana obtiene, pues, una justificación tan inesperada como insospechable.

Esta disculpa de Helena, con que yo intento restablecer el juicio de la Antigüedad, fué tan completa, que la heroína acabó por inspirar un panegírico al más perfecto de los escritores griegos: y lo fué el de Isócrates en su escuela de Atenas. La predilección de los dioses habríase manifestado sobre aquélla por el sino infausto y por el perdón con que la distinguieron; pues, retornada a su hogar, acabó sus días como honesta esposa. Del propio modo, María de Magdalo, favorecida por el divino perdón, es Santa María Magdalena.

La mujer es la causa de toda guerra

No existía la reclusión del gineceo; y el matrimonio monogámico era el estado habitual de los héroes, sin un solo divorcio o repudio mencionado por los poemas. Sólo hay un caso de poligamia: el de Príamo, que denuncia ya las costumbres del Oriente en Troya, ciudad asiática. El amor familiar era grande, así como la influencia de la esposa y la consideración en que se la tenía. Basta recordar a Penélope y a Andrómaca.

Nada lo prueba mejor, repito, que la cortesía caballeresca, elogiada como va a verse por la misma Helena cuando llora a Héctor difunto en el canto XXIV de la Ilíada:

«Héctor, el más querido de todos mis
[cuñados,
puesto que es Alejandro deiforme mi marido
que a Troya me trajo (antes yo hubiera
[perecido):
veinte años ha que desde mi patria hube
[llegado,
sin que una expresión áspera o vil de tí
[haya oído.
Antes, si en casa alguno de aquéllos me
[increpaba,
o cuñadas, o esbeltas concuñadas, o suegra
(que el suegro, siempre, como buen padre
[me trataba)
tú al punto reprimíaslo y su enojo calmabas
con la amable palabra que persuade y alegra.
Por eso, desdichada, de corazón te lloro,
que en la amplia Troya nadie se me
[mostrará blando,
pues han de odiarme todos».

Así dijo llorando,
y el pueblo, en tanto, alzaba llanto inmenso
[y sonoro.

(762-776).

El héroe cumplido, el esposo fiel por excelencia, habíala, pues, perdo-

nado con magnanimidad. Homero, a su vez, lo hizo, confiriéndole como símbolo de principalía familiar los honores de la rueca.

Pues el manejo del huso caracterizaba, en efecto, a la señora helénica. El huso era el cetro femenino, lo mismo para las diosas que para las reinas. Atena fué, por excelencia, «la tejedora». Arete, la reina de los feacios, distinguíase como hilandera en aquel pueblo famoso por los telares de sus mujeres. Penélope defendió su castidad con el tejido interminable. Las mismas diosas lascivas como Circe y Calipso, ocupábanse en tales labores; siendo del caso recordar, para que se vea hasta qué punto es Homero eternamente humano, que los únicos trabajos aceptados por las cortesanas de todos los tiempos, son esos precisamente.

Tan honroso era para Homero el trabajo del huso, que la tradición atribúale la dedicatoria de tres versos celeberrimos de la Ilíada a su propia madre. Son aquellos del canto XII (433-435) con los cuales resume por medio de una imagen familiar, buscando el interés en el contraste, según acostumbra para los casos análogos, el equilibrio del combate entre aqueos y troyanos:

Como una mujer justa que en su labor
[manual,
con la lana y la pesa la balanza igualando,
gana para sus hijos miserable jornal.

Pues decíase que la madre de Homero había sido una pobre hilandera.

Mas, sin perjuicio del cariñoso recuerdo que así dejaría permanente, hay en la intención del poeta un significado trascendental. Lo que quiere decir con esas imágenes y con el papel respectivo de esas heroínas, pues no se olvide que la Ilíada canta la guerra por Helena y la Odisea la peregrinación por Penélope, es esta cosa terrible: que la mujer es la causa de toda guerra.

Efectivamente, esta calamidad, definida por su objeto, no busca otra cosa que la rapiña violenta llamada conquista. La sed de riquezas y de poderío, que el trabajo no alcanza a satisfacer, engendra la guerra. Pero el hombre que guerrea, no quiere riquezas ni poderío sino para la mujer. Los palacios que construye, las joyas y los primores que acumula, las fiestas en que derrocha, los honores que procura, las vanidades que costea, son para la mujer. Toda gran guerra está antecedida por un exceso de lujo y un desbordamiento de lujuria. Por esto parece superficialmente contradictoria con la prosperidad y la paz que revela ese mismo lujo. Es que la insaciable desea y exige siempre más; y como el trabajo no basta al fin para producir